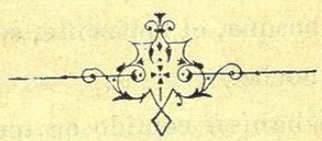
tos de la noche; comenzaban á percibirse ya muy cerca las luces.

Un momento después, los vecinos pacíficos salían á sus ventanas atraídos por el ruido de las herraduras, y los tertulianos de las tiendas, apiñados en las puertas y en los portales, hacían comentarios sobre aquel grupo de viajeros.



VI

El abandono

Los hombres que conducían á Alejandra atravesaron á trote largo, siguiendo á su jefe, aquel pequeño pueblo; y cuando se alejaron un poco, que ya no encontraron casas ni vecinos retardados, tomaron á la izquierda, saliéndose del camino y retrocediendo con precaución hasta llegar á una de las casas de la orilla, pero casi por el mismo lado por donde habían entrado.

Echaron todos pie á tierra, bajando cuidadosamente á la muchacha, que había ya vuelto en sí, pero que estaba como insensible.

Uno de los hombres, procurando no ser visto, llegó muy cerca del camino y vió pasar á sus perseguidores, que también á todo trote entraron á la población preguntando por los que acababan de pasar.

Como último resultado de sus pesquisas, supieron que habían seguido de largo, y Perucho determinó hacer noche en el pueblo; los caballos estaban cansados, y él se había avanzado más de lo que pensaba.

Perucho con los suyos durmió en la misma población, pero en el extremo opuesto.

Al día siguiente, muy temprano, regresaban á dar malas cuentas de su misión al señor cura.

Nada de esto se escapó á los autores del rapto de Alejandra; y así es que con descanso, y ya bien claro el día, volvieron á emprender su marcha, montando á la joven en la mula que la vieja había cuidado de traer.

El camino se hizo con menos precipitación; hasta se permitieron detenerse un rato á comer en uno de los ranchos del tránsito.

Sin embargo, cuando pasaban por algún pueblo, notaban que la gente los miraba con mucha atención, que algunos hombres corrían, y aun les pareció notar que en uno habían tocado la campana.

Pero como nada, fuera de esto, los inquietaba, pronto volvían á tranquilizarse.

Se iba pasando el día, y ya en la tarde vieron venir á un hombre á pie que marchaba entretenido silbando y jugando con un perro.

—Sería bueno preguntarle á ese hombre qué hay; porque yo no sé por qué, pero estoy sobresaltada, dijo la vieja.

—¡Qué ha de haber, nada! contestó el jefe; los que nos seguían se han vuelto.

—Sí; pero he observado que los pueblos están alarmados.

—No hay nada, no tenga usted miedo.

—¿Pero qué se pierde en preguntar?

—Preguntaré no más por darle gusto; pero ya verá cómo nada hay. ¡Oiga, amigo, amigo! dijo dirigiéndose al hombre que venía ya cerca; ¿me hace favor de decirme si hay algo por ahí? ¿iremos seguros?

El hombre miró fijamente al que le interrogaba, y después le contestó sonriendo:

—¿La verdad?... no, mi sargento Capilla.

—¡Como! dijo éste asombrado, ¿me conoces?

Los demás se habían agrupado en derredor de los interlocutores, y todos manifestaron su asombro al ver que Capilla era reconocido en donde menos se le esperaba.

—Vaya, dijo el hombre; ¿pues no se acuerda que yo era de su misma compañía y salí herido en el ataque de Ixtlahuaca, que dimos ahora un año con mi general Pueblita?

—¿Pues cómo te llamas?

—Cásares, ¿no se acuerda, mi sargento?

—¡Ah! Cásares, cabal; y ¿cómo te va?

—Muy bien, mi sargento; ya no soy soldado; desde que me hirieron me vine á mi tierra, y ahora soy el auxiliar del alcalde de San Pedro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¿El auxiliar, eh? bueno; ¿y qué hay por acá? ¿por qué dices que no vamos seguros?

— Mi sargento, yo á usted no le he de negar nada que le perjudique, para que se cuide. Ha llegado á los pueblos una cordillera en que dicen que se persiga y se aprenda á cuatro arriveños, que creo serán sus mercedes, y á una vieja; — la vieja hizo un gesto muy feo, — porque se han robado una muchacha y matado á su padre.

— ¿Pero cómo puede haber llegado tan pronto la cordillera?

— Vaya, muy fácilmente: con hombres de á pie que saben la tierra y que van veredeando y cortando terreno; llegan á un pueblo, entregan la orden, la lee el alcalde, y sale otro hombre de refresco; y así en la hora llega la noticia: yo vengo de vuelta de haber llevado la cordillera; usted dirá.

— ¿Pero qué dice?

— Pues nada, que los prendan y los manden á San Luis, que allá debe estar preso el principal, que es un padre, ó quién sabe.

— ¿Qué hacemos? dijo la vieja espantada.

— Según parece, el padre ya no vendrá.

— Pues lo que sea que sea pronto, mi sargento, dijo Cásares, que no tardan en comenzar á salir los auxilios al camino, y yo ya me voy, porque tengo también que salir; conque hasta más ver, y que Dios los lleve con bien.

— Adios, Cásares, y muchas gracias, dijo Capilla.

— Dios se lo pague, agregó la vieja.

Cásares se alejó y Capilla se puso á discutir con los compañeros el arbitrio que debía tomarse.

Alejandra, indiferente, permanecía separada del grupo; no había escuchado á Cásares, y tenía, en consecuencia, perdida toda esperanza.

— Sería bueno dispersarnos, dijo uno.

— ¡Dios nos libre! exclamó la vieja, así cogerían más fácilmente á alguno.

— Es verdad, agregó otro; pero unidos y con el estorbo de la chica...

— La chica estorba, es verdad: además, que preso el padre Bernal, ¿para qué la llevamos? dijo la vieja; al fin ya no nos puede dar nada.

— Dices bien, exclamó Capilla, caminaremos un poco, y por ahí la dejamos; pero será bueno llevarse la mula ¿no le parece?

— Sí, contestaron todos.

— Pues manos á la obra, y adelante.

Y se pusieron en marcha.

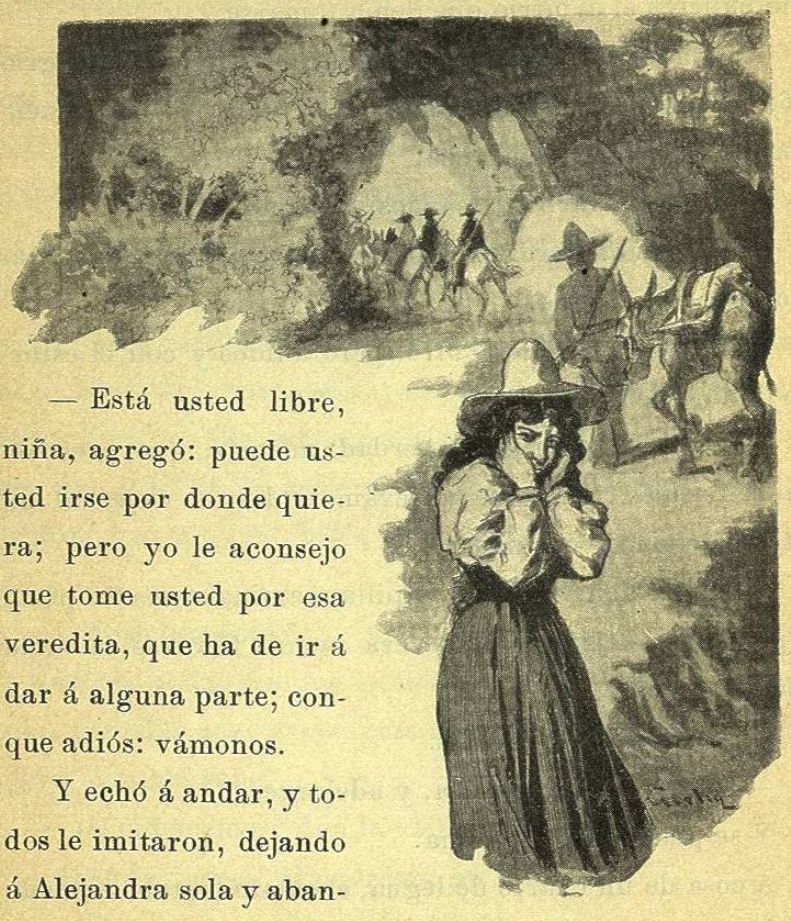
A cosa de un cuarto de legua, el camino estaba cercado de árboles, y á la derecha se divisaba una vereda que se internaba en el bosque.

Capilla se detuvo y se dirigió á Alejandra.

— Hágame usted el favor de bajarse, la dijo.

La jóven obedeció sin replicar; hacía dos días que no tenía ya voluntad propia.

Capilla tomó la mula.



— Está usted libre, niña, agregó: puede usted irse por donde quiera; pero yo le aconsejo que tome usted por esa veredita, que ha de ir á dar á alguna parte; conque adiós: vámonos.

Y echó á andar, y todos le imitaron, dejando á Alejandra sola y abandonada en la mitad del camino.

La joven se espantó de encontrarse así en medio de un país desconocido, y ya cerca de la noche; pero la satisfacción de verse libre de aquellos malvados, le dió aliento.

Alzó los ojos al cielo, é instintivamente tomó la vereda que le indicó Capilla.

Estaba muy cansada; todo el cuerpo le dolía horriblemente, pero quería á toda costa alejarse del camino; temía que aquellos infames volviesen: las facciones repugnantes de la vieja la perseguían como una pesadilla.

Anduvo mucho tiempo; la noche había cerrado, y ni una luz que indicase una habitación aparecía entre los tupidos árboles del bosque.

Iba desmayando, las fuerzas le faltaban, cuando oyó cerca, muy cerca, el ladrido de un perro.

Sólo el que se ha perdido de noche y en un bosque, comprende lo que se siente al escuchar la voz de ese amigo del hombre, en medio de aquella situación desesperada.

Alejandra lanzó un grito de gozo; anduvo un poco más, y al torcer un recodo del camino, se encontró en un pueblo.

Su primer impulso fué arrodillarse para dar gracias á Dios.